

Selecta Sep 4/37

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS LOS FUEGOS DE LA HABANA

DE ANTAÑO Y LOS BOMBEROS DEL COMERCIO

¡LOS FUEGOS DE ENTONCES, SI ERAN FUEGOS!

Por FEDERICO VILLOCH



Los Bomberos del Comercio en un desfile que celebran en homenaje a las

NADA encandila tanto los ojos ni alegra el alma de los **descoloridos** que supervivieron a aquella época de los heroicos y desinteresados bomberos, lo mismo del comercio que municipales, como ver al presente, en aniversarios, fiestas y procesiones, aquellas camisetas rojas que se lucían en los fuegos de antaño. —¡aquéllos sí eran fuegos!—, destacándose, con su intenso color, del traje negro o azul oscuro de sus demás compañeros. Hasta los **fiñes** de hoy experimentan el influjo del "colorado" y quisieran verlo descollar airoso, sobre el "carro de auxilio", cuando pasa entre el nervioso repiqueteo de sus timbres y arrollando en su veloz carrera cuando se le pone por delante.

¿Y por qué no ha de haber ahora camisetas rojas entre los bomberos, ni usar uniformes ostentosos con fulgurantes galones, doradas charreteras y gruesos entorchados los militares del día?

Digase lo que se diga, un coronel sin tres galones dorados, por lo menos, en la bocamanga de su guerrera, apenas se llama Pérez; ni un general significa gran cosa sólo con cuatro o más estrellas en los hombros, que nadie ve ni aprecia, como no sea el que se acerque a pedirle algo. Napoleón —que sabía un rato largo de la especialidad— sustentaba sobre el uniforme militar la acertada opinión

riedad, ni orden, si no vuelven otra vez los uniformes de antaño, cubiertos de oro y plata y de deslumbrantes colorines. Los que establecieron, pues, el uso de la camiseta roja entre los bomberos, queda demostrado que sabían perfectamente lo que se traían entre manos. Un bombero sin camiseta roja se exponía a que algún guasón callejero le dijera:

—¡Ni usted es bombero, ni apaga fuego, ni nó!

Los camisetas rojas tuvieron una historia tan brillante como su uniforme, llena de heroísmo y de nobles rasgos de abnegación. La sección de **Camisetas Rojas** fue fundada por el jefe de los municipales, Andrés Zengoviche, para embullar a los jóvenes de "arriba" a que se apuntasen de bomberos, con objeto de hacer la competencia a los del comercio que se tenían en más que los otros, nombrándose, con gran acierto, jefe de la sección al simpático joven **Pepe Jerez**, que en breve tuvo a su lado un buen número de aquéllos, pertenecientes a la sociedad más escogida. El hoy respetable, además de sus barbas por todas sus demás excelentes cualidades, nuestro viejo amigo y compañero en lides periodísticas, el director de la Biblioteca Nacional, Dr. Francisco Coronado, fue uno de los que ostentaron su camiseta negra del comercio con más orgullo y arro-

drés Zengoviche, componiéndose la oficialidad de ambos de jóvenes de la mejor sociedad habanera.

A los **fiñes** de entonces se nos caía la baba contemplando el cuartelillo de los del comercio que había al lado del Teatro Tacón, frente al Prado, las niqueladas bombas, las enormes parejas de caballos blancos, americanos, preparados para ser enganchados en el preciso momento de sonar el timbre de alarma; los bomberos de guardia, y, colgadas de las paredes, las hachas, las capas, los cascos, los relucientes pitones de bronce.

Se puso de moda ser bombero de comercio. La juventud, que necesitaba "desfogarse", se dedicó a apagar "fuegos". La acera del Louvre prestó su más brillante aporte a la popular y benéfica institución, figurando, entre otros, en sus brigadas, Alfredo Arango, Eugenio Santa Cruz, Sotico, etc., el cual la prensa periódica, la que contaba con Ramón Mendoza, el buenazo y noble "Moncho" del **Diario de la Marina**, que era repórter, habanista y bombero, todo en una pieza. Nieto, repórter de **El País** —el autor nomista—, un sordo que todo lo día también se ponía ufano el casco bomberil. Al sonar las cornetas y los gritos de auxilio, en horas de clase, se quedaban vacías muchas aulas de la Universidad y el Instituto, y no pocos escritorios y oficinas de alta importancia. Si el fuego era de consideración, llenaba páginas enteras de los periódicos, y se describía con lujo de detalles, como si se tratara de la ma de Sebastopol.

2

HABANA EN CUBA LIBRE

Se hizo el tema de las conversaciones en la Habana el "fuego de Gerner". Los bomberos de ambos cuerpos habían llevado a cabo actos de verdadero prodigio, luchando como leones contra el invencible elemento que amenazaba convertir en cenizas toda la barriada. Las pérdidas materiales ascendieron a algunos cientos de miles de pesos; de las personales hubo que lamentar, entre otras, la muerte de siete morenos trabajadores de la fábrica, que aparecieron completamente carbonizados en las letrinas, hacia las que, al parecer, corrieron en lo más fuerte del siniestro para escapar de las llamas. Se dijo que estaban allí presos en un cepo, pero no hubo tal, como pudo comprobarse, pues lo sucedido fue que se confundió con aquel instrumento de tortura la tabla de un escusado de los llamados entonces de "cuartel", que presentaba, seguidos, varios agujeros... También perecieron varios empleados de la fábrica, y el sombrerero astur Manuel Llano, que tenía su establecimiento en los bajos del edificio, por la parte de la Calzada; apareció el infeliz en un cuarto interior hecho un montón de cenizas. A los siete días del siniestro, una compañía inglesa le pagó a Gerner cincuenta mil libras esterlinas, importe del seguro, en buenos dólares ingleses...

Los **descoloridos** de mil ochocientos noventa y pico recordarán seguramente aquel otro fuego que se declaró una madrugada en la tienda de ropa **La Opera**, de Galiano y San Miguel; y en el que estuvo a pique de perecer uno de los dueños, o principal dependiente del establecimiento, que si no recordamos mal se apellidaba Martínez. Las llamas le encerraron en uno de los entresuelos del edificio que daba para la Calzada de Galiano, y gracias a los esfuerzos de los bomberos de ambos cuerpos que a golpe de hacha lograron arrancar la única ventana de fuertes barrotes que tenía el local, pudieron darle salida al acorralado prisionero que ya estaba a punto de perecer asfixiado por el espeso humo y el intenso calor que lo envolvían. El público, que había presenciado el acto lleno de horror, tributó una ruidosa ovación a los heroicos salvadores, entre los que no hay para que decir que se destacaban los **camisetas rojas**. Hoy diríamos que había sido una "emocionante película".

Si fuéramos a cantar heroicidades de los bomberos de entonces, no tendríamos para cuando acabar y esta postal se haría interminable. Apuntemos, sin embargo, los grandes fuegos de los almacenes de azúcar, en el litoral de la bahía de Sta. Catalina; del taller de Tellería; del de Estanillo, de la Manzanilla de Gómez.

dro, en medio de un enjambre de lucientes cascos y rojas o negras camisetas que se movían incansantes, acudiendo al puesto de mayor peligro... ¡Aquellos sí eran fuegos!

La misión de los **camisetas rojas** era afrontar el peligro sin miramientos de ninguna clase. Siempre se veía, en lo más alto y comprometido de la casa incendiada, un grupo de ellos manejando el hacha o el pico para derribar paredones, tejados y cuanto pudiera cortar el incremento de las llamas; y así perdieron la vida dos bomberos cuyos nombres hemos en vano indagado, en un simulacro de incendio, en el edificio ocupado hoy por el "Hotel Plaza", que estaba entonces por el "Diario de la Marina", un domingo del año 1893 ó 94, al caerse por la calle el muro de la azotea de aquella esquina, del cual se habían colgado dichos bomberos para simular que trabajaban con sus hachas delante de una enorme multitud que, inopinadamente, pasó del más caluroso entusiasmo al pánico más terrible...

También recordarán los viejos habaneros la heroica conducta de los bomberos del Comercio en el derrumbe de la esquina—Prado y San José—del teatro Payret, que tuvo lugar al medio día del primer domingo del mes de agosto de 1882, después de un pertinaz aguacero que había durado casi toda la noche y la mañana de aquel día, en cuyo siniestro pereció el arquitecto Sr. Sagastizóbal que había dirigido la construcción del teatro, estando también a pique de perder la vida el conocido periodista y autor cómico Fernando Costa, inquilino a la sazón de uno de los entresuelos del edificio. A Costa le amonestaban continuamente sus amigos porque bebía de modo exagerado, y ese día, en el derrumbe, quedó debajo de la cantina del café, lo que impidió que lo aplastasen los escombros. Cuando lo sacaban de debajo de aquella mole de pedruscos, cascos, botellas rotas y polvo mezclado con cognac, ginebra y otros licores, decía con su sorna habitual: —Para que digan después que la bebida va a matarme...

Cuéntase que entre Payret y Sagastizabal existían resentimientos de importancia que los mantenían violentamente separados con motivo de diferencias surgidas entre ambos por la fabricación del teatro, y que, al ocurrir la desgracia del segundo, aquél había exclamado satisfecho:

—¡Ahora sí creo que hay un Dios! Lo que no fue óbice para que, aquel mismo Dios que Payret creía su vengador justiciero, lo persiguiese en lo futuro hasta sepultarle en la ruina. De aquí a treinta, cuarenta, cin-

Pocos minutos después de la catástrofe en el citado solar escribió un periódico de informe se presentó en aquel lugar, muestras de un gran heroísmo. Tapia, antiguo bombero del cuerpo, de 60 años de edad, que, do su viejo uniforme, acudió a sus servicios. Tapia desde su domicilio, Soledad 24, y se enteró del derrumbe, como ciera hace treinta años, abandonó su cama, corrió al siniestro y, a sus años, fue uno de los que distinguieron en el salvamento.

¡Ese Julio Tapia, antiguo del comercio, es una **vieja pos colorida** que readquirió vida al escuchar los gritos de ¡que se lanzaban en la calle...

Y volvamos con Julio Tapia antiguos bomberos.

Hoy, un caso de fuego es un natural y corriente, y hasta su más de las veces, pasar como inadvertido, enterándose público del suceso al leerlo en la prensa de información, le dedica las líneas necesarias más. ¿Qué significa una casa que se convierte en pavesas, y tal vez fortuna que se viene abajo, del tiroteo que acaba de tener aquel mismo día, o de la bomba que estalló la noche anterior, hundiendo un edificio y privando vida a los pacíficos e inocentes, seantes que tuvieren la desgracia de encontrarse próximos al suceso, puede, por un momento, distraer la atención del pueblo, que le fija en la solución del importante problema social que le afecta y del que depende el bienestar y el sosiego de los suyos? Cuyo oye venir una bomba de incendio más de los transeúntes la deja tranquilamente, sin el menor interés de curiosidad, y raro es que se preocupe de dónde pueda ser, después de haber visto reducir a cenizas sus más halagüeñas posesiones y a escombros y ruina sus nobles y constantes esfuerzos. A estas horas ¿quién se acordaría de un fuego más de una vez tocado a fuego más de una vez cierto, en su casa, en su hacienda en su espíritu?

Antes sí que era una cosa digna de llamar la atención un caso de fuego. Apenas se daba la alarma, empezaban a sonar los toques de auxilio de los **ordenpúblicos** salvaguardias (guardias rurales), y las campanas de las iglesias próximas al lugar del siniestro, sobre todo, las sonoras cornetas de los bomberos de ambos cuerpos, seguidas de una turba de curiosos, iban de esquina en esquina dando los toques correspondientes a la demarcación en que tenía lugar el suceso.

Con eso de las campanas de las iglesias, llamando a auxilio, una cosa muy original, y que abundaba gran número de veces, era que tanto acuéllas como

Selecta, Sep 4/37